

LITERATURA

Raúl Silva Castro y un proyecto de modernización  
conservadora de la crítica literaria<sup>1</sup>

Raúl Silva Castro and a project for a conservative  
modernization of literary criticism

CHRISTIAN ANWANDTER<sup>a</sup>  
ALEJANDRO VALENZUELA<sup>a</sup>

<sup>a</sup> Universidad Adolfo Ibáñez, Facultad de Artes Liberales, Chile.  
Correo electrónico: christian.anwandter@uai.cl, avalenzuela.a@uai.cl

Este artículo reinterpreta la obra de Silva Castro a la luz de su trayectoria política e ideológica como un proyecto de modernización conservadora de la crítica literaria. Una visión espiritual de la literatura y un cosmopolitismo aristocratizante son elementos cruciales para entender el rol que Silva Castro otorga a la elite en el desarrollo cultural del país. Planteamos que el proyecto de modernización de Silva Castro puede observarse en su participación en políticas institucionales conservadoras y en su impulso a la profesionalización de la crítica en el que destaca la internacionalización académica. Fuera de Chile, Silva Castro intentará demostrar el carácter espiritual y cosmopolita de la literatura chilena, alejándose críticamente del reformismo mesocrático cercano al criollismo.

*Palabras clave:* Silva Castro, modernización conservadora, crítica literaria, cosmopolitismo.

This article reinterprets Silva Castro's work in light of his political and ideological trajectory, as a project of conservative modernization of literary criticism. A spiritual vision of literature and an aristocratizing cosmopolitanism are crucial elements to understand the role he gives to the elite in the cultural development of the country. We propose that Silva Castro's project of modernization can be observed in his participation in conservative institutional policies and in his impulse to the professionalization of criticism in which academic internationalization stands out. Outside Chile, Silva Castro will try to demonstrate the spiritual and cosmopolitan character of Chilean literature, critically distancing himself from the mesocratic reformism close to criollismo.

*Keywords:* Silva Castro, conservative modernization, literary criticism, cosmopolitanism.

---

<sup>1</sup> Este artículo forma parte del proyecto Fondecyt Iniciación "Historiografía literaria, canon y cultura impresa en la Sección de Literatura de Enciclopedia Chilena" (1948-1971), n°11200451.

## 1. HACIA LA INTERPRETACIÓN DE UN DESFASE EPISTEMOLÓGICO

La obra de Silva Castro (1903-1970), publicada entre 1920 y 1970, ofrece gran cantidad de información sobre escritores y obras de la literatura chilena, constituyéndose como un repositorio de datos bibliográficos y biográficos de indudable valor. Sin embargo, sus ideas sobre la literatura han sido olvidadas. Cuando se menciona a Silva Castro en relación con el contexto ideológico y cultural, surgen elementos en apariencia contradictorios, que lo inscriben en corrientes revolucionarias, socialistas, fascistas y conservadoras entre 1920 y 1968. Bocaz, por ejemplo, menciona su importancia en la revista estudiantil *Claridad*, cuyas ansias de una transformación social revolucionaria llevan a una inédita alianza entre estudiantes y clase obrera (443). Parra, en tanto, lo sitúa en círculos de orientación socialista en la década del treinta, como integrante de la *Revista Índice*, junto a Mariano Picón Salas, Amanda Labarca, Domingo Melfi, Ricardo Latcham y Manuel Rojas. Por otro lado, Barchino muestra a Silva Castro como uno de los pocos intelectuales que, en 1936, se manifiesta explícitamente a favor de Franco y la ideología fascista<sup>2</sup>. Luego, Pinedo afirma que, como ensayista, Silva Castro es parte de los herederos de Francisco A. Encina, que, durante los años sesenta, prosiguieron un discurso nacionalista, antioligárquico, antiliberal y modernizador. Subercaseaux, en cambio, lo describe en el contexto de la renovación de la crítica literaria en los años sesenta como un representante de un orden obsoleto y en retirada, marcado por su positivismo. Y es cierto que, en términos epistemológicos, la obra de Silva Castro parece, sobre todo en los sesenta, anacrónica, rígida, sorda a tantas cosas. Rama, por ejemplo, reseña en 1965 su *Panorama de la literatura chilena*, afirmando que “este es el modelo de libro de crítica literaria que no debe hacerse” (2018: 126).

El hecho de que los estudios que hablan sobre Silva Castro planteen información que parece contradictoria y, en ocasiones, moralizante, se debe en parte a que se ha analizado su obra y participación en revistas de manera episódica, y a que su trabajo crítico se ha considerado desde una concepción lineal y progresiva de los estudios literarios. Pero la tentación de olvidar ideas por el desfase que tienen con su tiempo nos hace perder de vista el funcionamiento del campo cultural. Este desfase es, hasta cierto punto, retrospectivo, y no considera la posición institucional de las ideas en su contexto. Si bien se acusa a Silva Castro de cierto anacronismo epistemológico, de un arcaísmo intelectual que lo separa de las fuerzas de modernización de la historia de la crítica literaria en Chile, lo cierto es que Silva Castro fue un defensor de la profesionalización del crítico, y expandió su campo de acción más allá de las fronteras nacionales, incursionando en el mundo académico estadounidense, participando en proyectos panamericanistas como ILLI, su

<sup>2</sup> La declaración de Silva Castro, publicada el 31 de julio de 1936 en la revista Zig-Zag, es la siguiente: “Yo soy reaccionario, y como tal el movimiento de revolución que se observa en España despierta toda mi simpatía. (...) ¿Lecciones para Chile? Naturalmente, las que se divisan hace ya largos años. Los polos ideológicos del mundo no son hoy sino dos: Roma y Moscú. Yo estoy por Roma” (s/n).

*Revista Iberoamericana*<sup>3</sup>, y en el *Diccionario de literatura latinoamericana* de la Unión Panamericana-OEA en 1958.

En este artículo proponemos entender cómo los debates en torno a lo nacional en el discurso de Silva Castro se relacionan tanto con políticas institucionales conservadoras, por una parte, como con procesos de modernización de la crítica, por otra. Especial interés tienen en la comprensión de lo nacional las diversas aperturas que Silva Castro ensaya hacia lo foráneo. Nos interesa mostrar cómo, paralelamente, la obra de Silva Castro impulsa una modernización de la crítica literaria expandiendo su profesionalización mientras se aleja de formas mesocráticas de nacionalismo hacia formas más conservadoras, donde el cosmopolitismo, entendido como un discurso modernizante que rehuye de la hegemonía del nacionalismo particularista y de las exclusiones eurocéntricas (Siskind), juega un rol estratégico que asegura la estabilidad de lo propio y mantiene la cultura bajo la supervisión de la elite. Proponemos, en suma, interpretar el aparente desfase epistemológico de Silva Castro de manera más situada, y estratégicamente, como parte de una política de modernización conservadora arraigada tanto en una concepción espiritual de la literatura como en una interpretación aristocrática de la historia chilena<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> Ya en 1935, junto a Arturo Torres-Rioseco, Silva Castro publicó en Estados Unidos *Ensayo de bibliografía de la Literatura Chilena* (Harvard University Press). Torres-Rioseco, profesor chileno de literatura en la University of California en Berkeley, fue presidente de IILI, organización fundada en 1938, entre 1942 y 1945, siendo reelegido hasta 1948. Silva Castro participa desde los comienzos en la organización, siendo nombrado, en 1943, delegado por Chile de la Subcomisión de Altos Estudios Literarios y Lingüísticos del IILI (Martin 912). En la *Revista Iberoamericana*, Silva Castro publicó entre 1944 y 1965 dieciséis textos entre reseñas y artículos. Entre 1961 y 1963 Silva Castro dio clases en la Universidad de California en Berkeley, la escuela de verano de la Universidad de Colorado en Boulder Springs y Tulane University en Nueva Orleans (Sehlinger).

<sup>4</sup> Filgueira et al. proponen entender el concepto de “modernización conservadora” como el “proceso en el que ciertas esferas de la sociedad cambian con base en relaciones sociales ‘modernas’ (capitalistas, burocráticas y democráticas), mientras que otras permanecen dominadas por cierres sociales elitistas (relaciones sociales basadas en la coerción, política tradicional elitista y jerarquías basadas en el estatus)” (32). Los autores basan su concepto en la obra del sociólogo Barrington Moore, quien consideraba que este tipo de modernización podía ser beneficioso para ciertos países, aun aceptando ciertas formas de autoritarismo. La propuesta de Moore presenta evidentes semejanzas con las tesis del desarrollismo de la posguerra. Si bien es un concepto que tiende a aplicarse en la esfera de la economía y de los modelos de desarrollo de la sociedad, nos parece que, sobre todo en el caso de Raúl Silva Castro, su uso puede extenderse hacia cierta forma de entender el rol de los intelectuales en la sociedad. De forma sugerente para nuestro artículo, la tesis planteada por Filgueira et al. es que “la crisis de incorporación representa el límite del proyecto de modernización conservadora” (54).

## 2. ENTRE IMPUGNACIÓN Y CONSAGRACIÓN INSTITUCIONAL

La crítica e historiografía literaria latinoamericana vivió un proceso de agotamiento epistemológico a mediados del siglo XX. La tendencia a acumular información –que según Costa Lima establecía implícitamente una equivalencia entre el hecho de observar algo y conocerlo (154)– no proponía formas de entender fenómenos complejos que, muchas veces, podían observarse en distintas literaturas nacionales. A una fijación nacionalista se sumaba un mecanicismo que no lograba articular una relación entre lo social y lo literario, ni tampoco proponer una explicación acerca de las transformaciones históricas que se producen en la literatura. En Chile, sobre todo en los años sesenta, Silva Castro representaba el antiguo orden de cosas. Cedemil Goic, Alejandro Losada, Ana Pizarro, entre otros, cuestionaron el facilismo de esta producción crítica, empujando una serie de cambios que renovarían las características del discurso crítico latinoamericano (Tirado). Bianchi subraya que, en esa década, se diversificaron el canon y los referentes teóricos de la literatura. No solo aumentó su relevancia la literatura estadounidense, sino que también se produjo un mayor diálogo –no sin tensiones– entre literatura y cultura de masas, al tiempo que ingresa el estructuralismo, con Félix Martínez Bonati y, tiempo después, Benjamin y Derrida con Ronald Kay y Patricio Marchant.

En los sesenta, Silva Castro hacía parte de un círculo intelectual que más parecía regirse por la noción de hombres de letras que por la de intelectual comprometido<sup>5</sup>, no solo con respecto a las ideologías de izquierda, sino que también por la función social atribuida a la crítica. Esta no obedecía a la lógica de la emancipación popular para la revolución, sino que al ideal del archivo y la exhaustividad de la información recopilada para las elites educadas. Ya en *R.S.C.*, de 1935, Silva Castro establece una analogía en torno al servicio archivístico del crítico, señalando que este era como un fiscal que acumula pruebas para que los jueces – el “público ilustrado” (57)– decida. Más explícitamente aún, señala que la tarea del crítico es la de “informar a las gentes cultivadas para que... pronuncien ‘los juicios’ con pleno conocimiento de causa” (58). Silva Castro comprende su rol a través de la pertenencia a un grupo social especializado cuya cercanía con el poder le permitía cumplir una función ordenadora según el modelo de la ciudad letrada de Rama, con una capacidad productora de “modelos culturales, destinados a la conformación de ideologías políticas” (36). En este contexto, es necesario precisar que el positivismo de Silva Castro no es el de Spencer o Comte, sino más bien ese apego a la erudición que le da más relevancia a las fuentes que a su interpretación (Gazmuri), que caracterizó a la historiografía del siglo XIX y que está presente en dos modelos admirados por Silva Castro: Andrés Bello y José Toribio Medina.

Cuando Subercaseaux, en su descripción de la renovación de la crítica literaria entre el año 60 y 73, señala que tanto el inmanentismo literario como el sociohistoricismo

<sup>5</sup> Gilman, en su libro sobre las relaciones entre cultura y política en los 60 y 70 en América Latina, señala justamente que, en este período, ser intelectual y ser de izquierda y progresista era redundante, mientras que los intelectuales de derecha o conservadores eran con frecuencia designados como “hombres de letras” o “escritores” (58).

tienen el “propósito común de superar el impresionismo subjetivista y constituirse en una disciplina más o menos sistemática” (4), en abierta polémica con la “escuela histórico-positivista” (6) de Silva Castro o la “crítica impresionista” de Alone o Latcham, plantea esta pugna a nivel metodológico, donde lo que se quiere dejar atrás es tanto el “antiguo método biográfico-histórico” del primero como el “impresionismo” de los segundos (7). Sin embargo, creemos, la pugna es también epistemológica e ideológica, ya que el positivismo de Silva Castro es indisociable de una concepción elitista de la cultura. La disonancia entre el inmanentismo literario y el sociohistoricismo, por un lado, y Raúl Silva Castro, por el otro, aparece así como la coexistencia de dos modos de entender la literatura hasta cierto punto irreconciliables. Sin embargo, aunque pudiera pensarse que una obra como la de Silva Castro estaba ya fuera de su tiempo, marcado por esta impugnación del tipo de crítica que él representaba, pero también por un contexto político cada vez más teñido de deseos revolucionarios, Silva Castro gozaba aún de prestigio y acceso a posiciones de poder dentro del campo institucional de la literatura<sup>6</sup>.

De hecho, la Enciclopedia Chilena, esa frustrada obra pública que se desarrolló, sin nunca publicar una sola página de su trabajo, entre 1948-1971, puede entenderse como un monumento al tipo de saber defendido por Silva Castro. La Enciclopedia Chilena se pensaba a sí misma como un gigantesco archivo disponible para que las elites políticas pudieran tomar mejores decisiones y contribuir así al desarrollo del país. A pesar de este horizonte desarrollista, la Enciclopedia tenía una Sección de Literatura. No era, para nada, de las más relevantes, en términos cuantitativos, pero sí cumplía un rol, junto a otras disciplinas humanistas, de dotar al desarrollismo de un aura cultural, sin poner en riesgo ni la representación de la soberanía nacional ni el lugar otorgado a las elites en la definición del futuro del país. La Sección de Literatura, puede decirse, confortaba la ambición descriptiva y totalizante de la Enciclopedia Chilena. La literatura, junto a otras disciplinas humanistas, ampliaba el anhelo extractivista del proyecto y lo dotaba de una dimensión intelectual. Silva Castro comenzó colaborando con esta enciclopedia en la Sección de Historia, pero tras el fracaso inicial del pedido que le hicieran al padre Alfonso Escudero –que entre 1949-1958 no finalizó los trabajos encomendados para las entradas sobre literatura–, el Comité Ejecutivo designa a Silva Castro para asumir la dirección de esta sección. Además, la mayor parte de los artículos sobre literatura fueron redactados por él, por lo que lleva su impronta en más de un sentido. Cuando renunció en 1969 quien había sido, desde sus inicios, el director ejecutivo de la Enciclopedia Chilena (el abogado y director de la Biblioteca del Congreso Jorge Ugarte), fue Silva Castro quien asumió esta función.

Llama la atención que, a pesar de los cuestionamientos realizados al proyecto (tanto en el Congreso, donde el 12 de junio de 1968 la Cámara de Diputados discute acerca de la demora de los trabajos, como en un artículo de Martín Cerda de agosto de 1968, en que

---

<sup>6</sup> Fue jefe de la sección chilena de la Biblioteca Nacional desde 1931, miembro de la Academia Chilena de la Lengua y de la Academia Chilena de Historia. A esto se suman publicaciones en diversas editoriales nacionales e internacionales y su presencia en revistas y diarios de la época.

se refiere en términos sarcásticos a un proyecto que adquiere, preocupantemente, rasgos borgeanos), se apostara por Silva Castro para la culminación de la obra. Él representaba sin duda un nombre cercano para los círculos de la Enciclopedia Chilena (en cuyo comité ejecutivo estaban, por ejemplo, los historiadores Jaime Eyzaguirre y Eugenio Pereira Salas). Su elección representaba más bien un redoblar la apuesta, una insistencia que prolongaba la vida del proyecto para llevarlo a término según su visión inicial, más que un cambio de rumbo luego de fundados cuestionamientos. Cuando, poco tiempo después, Silva Castro muere, un sector de la prensa asumió que su muerte era también la muerte de la Enciclopedia Chilena y, también, de la posibilidad de un tratado histórico de la literatura del país:

La empresa [de la Enciclopedia Chilena], ahora en sus manos, iba a ser una realidad, porque él mismo era un archivo viviente. (...). Con su muerte se ha cortado un hilo sin fin de recuerdos, exactitudes, seguridades que sólo él manejaba con destreza: los materiales para realizar una obra de gran aliento, un verdadero tratado histórico de la literatura chilena. El era uno de los pocos que podían hacerla (Fuenzalida 20).

Su labor en la Enciclopedia Chilena era vista, desde la vereda más conservadora de la revista PEC, como la coronación de su trabajo. Su calidad de “archivo viviente” era lo único capaz de hacer que la enciclopedia se transformara en realidad y, de paso, también se realizara un proyecto caro a Raúl Silva Castro: una historia exhaustiva de la literatura chilena<sup>7</sup>. De alguna forma, su nombre aportaba prestigio a un proyecto alicaído, en riesgo de ser clausurado —ya Frei Montalva había disminuido los ingresos del proyecto—, lo que muestra hasta qué punto Silva Castro era, desde el espacio institucional que lo respaldaba y que impulsaba todavía la Enciclopedia Chilena, una autoridad incuestionable que podía lograr lo que tal vez nadie más podía. Es solo una vez que Silva Castro muere y que la Enciclopedia Chilena queda descabezada, momento que coincide con la llegada al poder de la Unidad Popular, que emergerá un último intento de elaborar la Sección de Literatura. El “Esquema de la sección Literatura”<sup>8</sup>, sin fecha pero atribuible al período que va entre junio de 1970 y enero de 1971, nos muestra cómo ese vacío institucional intenta ser recuperado por intelectuales de izquierda como Ariel Dorfman, Mario Rodríguez, Armando Uribe Arce, Antonio Skármeta, sin que este proyecto comenzara a ser desarrollado debido al cierre definitivo de la Enciclopedia Chilena y, por otro lado, al surgimiento de nuevos proyectos que articulaban política y cultura desde posiciones más cercanas a la Unidad Popular, como la editorial Quimantú.

<sup>7</sup> En “Introducción a la Historia Literaria de Chile”, disertación leída en la reunión de la Escuela de verano de Valparaíso el 18 enero 1960, Silva Castro describía así este proyecto: “el hecho es que estoy preparando, hace ya largos más de veinte años, una historia literaria de Chile, para la cual poseo un vasto arsenal de información (...)” (2).

<sup>8</sup> Se trata de papeles con el logo del Departamento de Español de la Universidad de Chile. Contienen una descripción de la extensión y responsables de artículos de la enciclopedia, y una especificación acerca de los contenidos a elaborar.

### 3. ROSTROS DEL NACIONALISMO EN SILVA CASTRO: ESPECTRO DEL FASCISMO

En tanto que discurso institucional, la *Enciclopedia Chilena* estaba dotada de una autoridad que reforzaba la legitimidad de sus afirmaciones. Era un proyecto que tenía el respaldo del poder legislativo, que aseguraba su financiamiento a través de la Editorial Jurídica. La producción discursiva institucional adquiere cierto rango oficial que le permite sortear barreras de circulación que un individuo, con sus publicaciones personales, difícilmente logra superar. Es cierto que, en el caso de la *Enciclopedia Chilena*, esto no ocurrió (pues nunca fue publicada), pero su potencial nos permite entender el valor que Silva Castro podía dar al proyecto. Plasmar en esa enciclopedia su visión sobre la literatura implicaba proyectarla institucionalmente, darle una autoridad reforzada por el peso de los discursos oficiales que, en este caso, sería además leída por las elites políticas del país. De alguna forma, el traspaso de su discurso crítico al formato enciclopédico auguraba una oficialidad que coronaba su carrera.

Es interesante, en este sentido, comparar el discurso sobre lo nacional en la Sección de Literatura de la *Enciclopedia Chilena*, cuyas entradas fueron elaboradas y revisadas entre 1958 y 1970, con el del *Panorama literario de Chile* de 1961. La Sección de Literatura de la *Enciclopedia Chilena* enmarca el discurso sobre lo literario desde lo nacional. Por momentos, da la impresión de que se trata de una literatura cerrada en sí misma. En el artículo “Literatura Chilena”, se sostiene una posición de singularidad debido a particularidades “históricas, telúricas, de hermandad racial, etc.” (1). Por lo tanto, el objeto de la literatura chilena sería el “dar cuenta de las inclinaciones emotivas y espirituales del pueblo chileno” y la persona encargada de llevar esto a cabo sería “el escritor chileno” (1). Sin embargo, este aparente solipsismo nacional no es absoluto. En efecto, la literatura chilena comparte el español como idioma junto a todas las literaturas de la “órbita de la Hispanidad” (1), enfatizando eso sí que la literatura chilena es “una entidad independiente de la literatura española, si bien conserva con ella lazos muy estrechos de parentesco” (1). Por otra parte, la Sección de Literatura propone panoramas históricos de los diversos géneros literarios. Tanto su concepción de los géneros literarios como del desarrollo histórico de la literatura permiten entrever también que esta no es resultado exclusivo de una expresión nacional original sino más bien de un equilibrio entre lo propio y lo foráneo.

Así, predomina una metáfora agrícola para la explicación de los fenómenos literarios, que enfatiza la aparición por sobre la causalidad<sup>9</sup>. Esta metáfora es la de la fertilización de la tierra que puede ofrecer distintos resultados dependiendo de la semilla y sus capacidades de aclimatación. La “aclimatación”, en efecto, emerge como la metáfora clave para comprender procesos que tal vez Rama denominaría como transculturación. Sin embargo, a diferencia de Rama, quien enfatizaba tanto el carácter activo de la cultura receptora en la elaboración

<sup>9</sup> Por ejemplo, en el artículo “Literatura chilena” destaca la “aparición del paisaje propio del territorio nacional” (3). En el artículo “Novela”, escrito presumiblemente por Silva Castro, se señala que recientemente se ha producido una “repentina afloración de gran número de mujeres que escriben” (22).

de algo nuevo como la “capacidad selectiva” del receptor cultural (*Transculturación narrativa* 39), la idea de “aclimatación” solo permite la introducción de algo nuevo en la medida en que permanece igual o persiste en la identidad original. De esta forma, no hay pérdida ni novedad de un género literario al introducirse en el país. Las entradas de la Sección de Literatura conciben el fenómeno literario como una doble aclimatación en que se preserva de alguna manera un equilibrio entre lo extranjero y lo propio. El género extranjero se adapta a lo propio del paisaje y población local, mientras que lo propio de la comunidad y de la naturaleza se adapta al género extranjero. De esta forma, el discurso literario de Silva Castro, al menos como aparece en la Sección de Literatura de la *Enciclopedia Chilena*, parece limitar lo propio al pueblo y al paisaje, dejando que los géneros constituyan las herramientas de expresión que conectan a la literatura chilena con lo hispánico (latinoamericano y español) y con la literatura occidental en general.

Al contrastar las páginas de la Sección de Literatura de la *Enciclopedia Chilena* con el *Panorama literario de Chile* es evidente que hay fragmentos traspasados de un texto a otro. Sin embargo, en la “Advertencia preliminar” del *Panorama* se observa una diferencia significativa. Silva Castro presenta su libro como un intento de “dignificación” de la literatura chilena víctima de una “confabulación del odio” (11) contra Chile, una verdadera “leyenda negra” que ha impedido el reconocimiento de los valores literarios del país. Silva Castro señala que a través del *Panorama* busca llamar la atención del extranjero ya que se suele considerar a Chile como un “país militarista, soberbio, deformado por una visión prusiana de las cosas... terreno ingrato para el espíritu” (10). Su obra busca entonces desmentir la afirmación de Menéndez y Pelayo, que habría surgido después de la Guerra del Pacífico. Supone Silva Castro que “el haber tenido Chile la fortuna de ganar y no perder la Guerra del Pacífico es, a lo que parece, la causa de este certamen de enconadas y rabiosas opiniones de detracción...” (11). El *Panorama* de Silva Castro surge contra este estado de cosas y pretende cambiar esa realidad: “no se podrá decir que el país del cobre carezca de escritores, ni se podrá aseverar que más allá de los pocos internacionalmente conocidos, reina la más caliginosa oscuridad” (12). Con este libro, dice Silva Castro, la literatura chilena será “digna y respetable” (12).

Silva Castro va incluso más allá, al afirmar que esta “conspiración” cuenta con “colaboradores de dentro de la casa, pasivos si se quiere, pero hasta hoy impunes” (12). Comparando el panorama con la “anatomía del cuerpo humano”, acusa a otros trabajos semejantes de hacer un “cuidadoso trabajo de expurgo previo, para reducir la anatomía funcional del organismo a que debemos dar el nombre de literatura chilena” (12). Entre estos “traidores” se encontraría el mismo Lastarria, que desestimó la literatura colonial de Chile. Esta práctica de “automutilación” sería un proceso de arbitrariedad personal de los críticos, pero que termina configurando un campo colectivo. Silva Castro menciona varios ejemplos en que se desvaloriza la producción nacional desconociendo autores del pasado.

Al enmarcar diversamente el discurso sobre la literatura chilena en el *Panorama* y en la *Enciclopedia Chilena*, Silva Castro logra que aquello que estaba destinado a llamar la atención del extranjero sea, al mismo tiempo, aquello llamado a servir a la mirada de

la clase política del país. Ahí donde hay un intento de deslegitimar la “leyenda negra” en torno a Chile en el exterior se produce una coincidencia con el discurso desarrollista que produce para sí misma la clase política ligada al parlamento a través de la *Enciclopedia Chilena*. Mientras el *Panorama* critica la “automutilación”, la *Enciclopedia Chilena* se propone como representación plena de lo nacional y, de esa forma, imagen exterior del país y representación del país para la elite quedan alineadas a pesar de servir fines en principio alejados. Esta mirada de la plenitud resuena al mismo tiempo con la ambición enciclopédica del aprovechamiento de todos los recursos del país, donde nada puede quedar fuera porque implicaría cuestionar lo nacional y hacerse parte de conspiraciones extranjeras. Así, podría decirse que ser “patriota” es hacerse parte de la exhaustividad de la mirada en una integración absoluta pero, al mismo tiempo, valorativa, donde “el pueblo” solo aparece en tanto que objeto de observación, como una materia adaptable a las características de los géneros literarios que le otorgan al país un lugar de continuidad histórica con las culturas metropolitanas, idea que conforta el lugar que tanto Silva Castro como la *Enciclopedia* le dan a la elite como clase social responsable –y única capaz– de desarrollar el país.

Como mencionamos en un comienzo, Silva Castro se declara abiertamente fascista al estallar la guerra civil española. Pensamos que la dimensión conspirativa y espiritual del *Panorama* puede vincularse con esta pasada filiación. Gran parte del mundo cultural, artístico e intelectual se posicionó a favor del bando republicano, y denostó a aquellos que apoyaron la sublevación franquista. Así, no es de extrañar que surgieran críticas hirientes contra Silva Castro, quien se declaró en la revista *Zig-Zag* del 31 de julio de 1936 como abiertamente reaccionario, cercano al fascismo y anticomunista. Ricardo Latcham, por ejemplo, menciona a la “piara” de “los Silva Castro”, mientras que el órgano de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura en Chile –la *Aurora de Chile*– ironizaba con la trayectoria política de Silva Castro, recordando sus años de la revista *Claridad* y *Juventud*:

Los conocimos flacos. En 1920. Escribían en Claridad y en Juventud. Un día de estos, para escandalizar a su nuevo medio ambiente, vamos a publicar sus protestas con motivo del martirio y muerte de [José Domingo] Gómez Rojas. Hoy que han engordado, no les importa que se fusile a un poeta más o menos; por el contrario, hoy van a festejar a sus asesinos. (ctd. en Barchino y Cano, capítulo 85)

La guerra civil española probablemente vuelve evidente el alejamiento de Silva Castro de la atmósfera más revolucionaria y progresista de los años veinte y su proximidad con posiciones y círculos más conservadores<sup>10</sup>. Probablemente, fue la ruptura definitiva.

<sup>10</sup> La trayectoria crítica de Silva Castro, y en particular su paso de posiciones progresistas a conservadoras entre los años 20 y 30, son abordados en Valenzuela, Alejandro y Anwandter, Christian. 2022. “La trayectoria crítica de Silva Castro”. *Anales de la literatura chilena*, 38: 87-107.

Ahora bien, es posible que los elementos fascistas del pensamiento crítico de Silva Castro se moderaran en el espacio institucional. McGee señala que, tras el fin de la segunda guerra mundial, la derecha extrema en Chile se vio debilitada y sus integrantes se dispersaron en distintos partidos políticos, al mismo tiempo que se vuelve más relevante la corriente hispanista representada por Jaime Eyzaguirre. En todo caso, nos parece que el nacionalismo de Silva Castro debe ser analizado con detención, ya que comporta, como veremos, una perspectiva metodológica-espiritual y otra política que por momentos parecen excluirse mutuamente.

#### 4. DISTANCIAS CON EL CRIOLLISMO Y UN COSMOPOLITISMO ARISTOCRATIZANTE

Es importante contrastar ambas variantes del discurso nacionalista de Silva Castro con el criollismo, un tipo particular de nacionalismo cercano al reformismo de las clases medias, que realizaba identidades campesinas históricamente desconsideradas o ridiculizadas. El criollismo promovía una nueva imagen de lo rural y de la tierra que integraba a los sectores desfavorecidos a lo nacional, de una forma distinta a como se había identificado lo nacional con las elites del siglo XIX. Barr-Melej describe el surgimiento de un nacionalismo asociado a las clases medias como respuesta a la república parlamentaria y su cosmopolitismo económico y cultural. Durante el siglo XIX, se tendía a asociar lo nacional a las virtudes de la elite criolla, más que a una cultura o etnicidad determinada. El discurso sobre lo nacional aparece a comienzos del siglo XX en una vertiente progresista y otra conservadora. La vertiente progresista, más mesocrática, era cercana al Partido Radical, y contribuyó a desarrollar una agenda cultural y educativa que redefinió los contornos de la identidad nacional.

Tanto Silva Castro como la *Enciclopedia Chilena* mantienen relaciones ambiguas con ese reformismo mesocrático cercano al criollismo. En “Paradoja sobre las clases sociales en la literatura”, de 1930, Silva Castro se identifica a sí mismo como un mesócrata, pero rechaza al criollismo por su localismo. Le parece mediocre su conformismo y falta de arrojo. Tomando distancia de su propia clase social, opta por la aristocracia y la oligarquía. Para Silva Castro, la literatura debe expresar un carácter general, una inquietud espiritual humana. Esta definición espiritual de la literatura, como veremos, es crucial, ya que le permite tomar distancia de la pretensión criollista de cierta exclusividad cultural y sustentar su afirmación del rol dirigente de las elites en el país a partir de un cosmopolitismo aristocratizante. La clase social más dotada para expresar la dimensión espiritual humana, afirmaba, es la aristocracia. La clase media, en cambio, por su posición precaria, tiende a atrincherarse en la rutina y no puede permitirse la originalidad. Por eso, para Silva Castro, la literatura proveniente de la clase media en Chile –entiéndase, el criollismo– era de poco valor: “Nuestra literatura en ese sentido es la democracia de la meseta” (Paradoja 230). Esta democracia de la medianía carece de la autoridad de lo arbitrario, que permite alcanzar la originalidad. Estos atributos son más propios de la aristocracia, una clase a la que los mesócratas pueden aspirar, y cuya incorporación incluso aparece

como beneficosa para esta, en la medida en que “El mesócrata que sube está destinado a llenar en este proceso de disolución las bajas que en la aristocracia producen los vicios y la saciedad de la vida” (223).

Esta convicción acerca de los méritos de la oligarquía y aristocracia y la crítica contra la mediocridad de la clase media serán una constante en Silva Castro a partir de la década del treinta. En “Oligarquía y democracia”, de 1968, argumenta tautológicamente que todo gobierno es necesariamente oligárquico, ya que nunca puede gobernar una mayoría. Su comprensión literal del ejercicio de gobierno (alguien electo perteneciente a las clases inferiores o que es elegido en su representación se transformaría inmediatamente en parte de la oligarquía) nos muestra una naturalización del ejercicio del poder depositada en las elites y una admiración por su capacidad de mando. Esta admiración, que fue probablemente la que lo llevó a tomar partido por el fascismo y Franco durante la Guerra Civil española, nos recuerda también que un espectro autoritario recorre su obra<sup>11</sup>. Es que la democracia como tal –entendida como el ejercicio de otorgar poder a las mayorías mediante el voto– es para Silva Castro un espejismo que oculta la naturaleza oligárquica de cualquier régimen político y, podríamos agregar, cultural.

Dos textos del año 43 nos muestran hasta cierto punto las tensiones que Silva Castro mantenía con el criollismo. El primero es “La literatura de Chile. Examen y refutación de un libro de don Mariano Latorre”. El texto es una reseña del libro *La literatura de Chile*, publicado en Argentina en 1941, de Latorre, representante insigne del criollismo literario, publicada en la *Revista Iberoamericana*. La reseña es interesante ya que, por tratarse de un anti-modelo de crítica literaria a ojos de Silva Castro, permite entender su ideal subyacente. Silva Castro hace una crítica demoledora de la obra cuestionando los juicios de Latorre. En especial, su crítica a Mora y Bello –poniéndolos en un mismo plano– indigna a Silva Castro. Latorre plantea que Bello y Mora provocaron que los escritores se alejaran de la literatura, acercándolos a la historia, apuntando en cambio a Sarmiento como un modelo positivo. En cambio, Silva Castro señala que Bello es mucho más relevante que Mora, y que Sarmiento era inculto. Gracias a Bello se introdujo a Chile la literatura europea moderna y permitió una historia literariamente superior. En este caso, un punto de divergencia con el criollismo encarnado por Latorre es su lectura de la tradición literaria chilena. Heredero del liberalismo anti-hispanista de Lastarria, el criollismo parece desconocer el pasado colonial o, por cierto, fervor romántico, desconocer el aporte de Bello o Darío. En cambio, para Silva Castro, Bello y Darío son dos momentos fundamentales de la literatura chilena.

El otro texto, “La expresión literaria de América”, nos entrega más luces sobre la distancia con el criollismo y su inclinación por un tipo de cosmopolitismo aristocrático.

<sup>11</sup> Ejemplo de esto es la equivalencia que establece entre Churchill y Hitler. Este último es descrito, en “Oligarquía y democracia”, como un ejemplo de “vocación a la cual podemos llamar talento político” (84-85) y que llevó su tarea “con empecinamiento que no vacilamos en calificar de heroico” (84). Ninguna distinción se hace entre un líder político democrático y Hitler que, si bien llegó al poder democráticamente, rápidamente mostró su carácter dictatorial y genocida. Silva Castro se contenta con destacar ciertas virtudes heroicas y de vocación política.

Presentado en el Tercer Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana, cuestiona la posibilidad de una expresión literaria latinoamericana propia, presentándola como un engaño. Se aleja, así, de los supuestos románticos de un Esteban Echeverría o, nuevamente, de un Lastarria, quienes preconizaron una exigencia de originalidad que implicaba una ruptura completa con el pasado colonial y la herencia cultural española. Silva Castro, viendo en esta postura cierta “soberbia” (396) frecuente en el pensamiento latinoamericano, ve en este rechazo el riesgo de volver “a la barbarie pre-colombiana, como ha sucedido en dondequiera que se hayan querido romper las ‘cadenas enmohecidas’ y los demás símbolos de la hispanidad” (399). Silva Castro interpreta el quiebre con el pasado necesariamente como un intento de retorno a un indigenismo precolombino. Por otra parte, llama la atención que se piense exclusivamente desde Occidente:

No poseemos una lengua que hayamos formado nosotros, como reconoce paladinamente el propio Lastarria, ni nuestras costumbres son otra cosa que las de todos los hombres civilizados de Occidente, herederos de la cultura greco-latina, con las mutaciones más de apariencia que de fondo que corresponden a medios en formación y que procuran, siempre con extraordinario atraso, tomar la marcha que la cultura lleva en las naciones que nos sirven de modelo y guía. (400)

Para Silva Castro no hay diferencias culturales en América Latina. O si las hay, ellas no forman parte de la cultura, o forman parte de una cultura bárbara que no debiera ser referente. Lo único original –aunque decorativo– de la literatura latinoamericana es su “naturaleza física” (400). Tal como afirmara en “Paradoja sobre las clases sociales y la literatura”, también aquí declara que la literatura “es un fenómeno preferentemente espiritual” (401) y universal, donde las divisiones políticas, raciales, o religiosas solo tienen sentido “para facilitar el estudio” (401). De esta forma, y acercándose así al tipo de universalismo formulado por Borges en “El escritor argentino y la tradición”, Silva Castro señala que:

América está abierta a todos los vientos del espíritu, y los hombres cultos que la pueblan saben ya que no conviene cerrarse a piedra y lodo al influjo de ninguna corriente cultural. De todas ellas podrá enriquecerse el espíritu americano si en él imperan la discreción, el buen gusto, el tino y la simpatía. (402)

Es en esta exigencia moral-estética que parece condicionar el universalismo de Silva Castro donde este se aleja de la ironía borgeana. En todo caso, es en nombre del universalismo cosmopolita del arte que rechaza el particularismo latinoamericano. Pero, además, cabe señalar que este cosmopolitismo se restringe a los “hombres cultos”, es decir, los que pertenecen o pueden eventualmente hacer parte de la aristocracia. El carácter espiritual de la literatura aleja a Silva Castro de particularismos culturales y lo impulsa a una visión cosmopolita de la expresión literaria, eso sí restringiéndola en términos estético-morales (según el buen gusto) y social (los hombres cultos).

Al leer ambos textos, surge la necesidad de entender su posición con respecto al hispanismo y al pan-americanismo, considerando también el carácter cosmopolita que le otorga un carácter meramente metodológico a las divisiones políticas, raciales o religiosas. Si bien Faber señala que la *Revista Iberoamericana* –donde se publican ambos textos– es un proyecto pan-americano que se distancia ideológicamente del hispanismo al pensar en la literatura latinoamericana como un campo autónomo con respecto a la península, la posición de Silva Castro tiende a otorgarle un valor provisorio y funcional a esa autonomía, en nombre de la universalidad de la literatura. Ahora bien, este universalismo, al mismo tiempo que le permite rechazar la idea de una exclusividad cultural latinoamericana –lo que parece oponerle al espíritu que animaba a la revista– lo liga al mismo tiempo a corrientes hispanistas más conservadoras, que subrayan la influencia de la literatura española en la latinoamericana.

Si el hispanismo, como señala el mismo Faber, es un concepto mistificador, que presupone cierta unidad espiritual, ya sea de España, o del territorio hispano-hablante, el pan-americanismo habría heredado este impulso mistificador incluso distanciándose de España, al trasladar esta unidad espiritual romántica al concepto de América. Si bien Silva Castro rehúye del exclusivismo cultural latinoamericano, sí mistifica lo americano homogeneizando su composición cultural. En primer lugar, como vimos, evacuando toda diferencia interna. Para Silva Castro, América es una civilización occidental donde lo precolombino no tiene lugar o es marginalizado como lo bárbaro. Por otra parte, aun cuando parece renunciar al particularismo latinoamericano, distanciándose del romanticismo, y abriendo la expresión artística a la diversidad cultural mundial, el problema se sigue planteando de un “nosotros” americano: “...nos conocemos mejor y... poseemos mayor confianza en nuestras propias fuerzas” (“La expresión literaria” 402). Curioso gesto en que, al mismo tiempo que diluye cualquier particularidad cultural, borra diferencias internas que podrían poner en duda el legado hispano-occidental y se sitúa enunciativamente desde esa colectividad que es provisorio y funcional (401). Probablemente, el “nosotros” al que alude Silva Castro no es otro que el de los hombres cultos que habitan la “naturaleza física” de América Latina, reconociendo el rol que tuvo la literatura española en la latinoamericana y, por lo mismo, rechazando la pretensión de una exclusividad cultural en favor de un cosmopolitismo que conserve el buen gusto.

¿Cambió la posición de Silva Castro acerca de los posibles particularismos culturales latinoamericanos? Si no fue así, ¿cómo entender que el universalismo literario profesado en 1943 se hiciera parte del proyecto desarrollista y nacionalista de la *Enciclopedia Chilena*? ¿Por qué consagrarse a un proyecto fundado en la idea de un particularismo nacional? Se pueden distinguir estrategias discursivas diferenciadas, pero consistentes, por parte de Silva Castro. Al intervenir en círculos extranjeros cercanos al pan-americanismo, la preocupación de Silva Castro busca otorgarle un estatuto “espiritual” a la literatura chilena. Esto equivale, como ya hemos señalado, a validar el rol de la aristocracia como productora de la literatura y, adicionalmente, como fuerza política gobernante. Al mismo tiempo, utiliza este espacio pan-americano, en que ocupa un rol de especialista de una literatura nacional, para atacar

la idea de una particularidad cultural latinoamericana (posición defendida localmente por el criollismo). Esto lo lleva a valorar aspectos de la tradición hispánica y a postular un cosmopolitismo que garantiza cierta uniformidad cultural que depende del buen gusto de los hombres cultos. Su participación en ILLI, la *Revista Iberoamericana* y su colaboración en el *Diccionario de la literatura latinoamericana* (Unión Panamericana-OAE 1958) siguen esta línea. En las intervenciones locales, en tanto, se incorpora a corrientes desarrollistas y nacionalistas, cercanas por momentos al hispanismo de Eyzaguirre, que les entregan a las elites políticas del país la responsabilidad de impulsar el desarrollo. Para defender su concepción espiritual y aristocrática de la literatura, Silva Castro buscará una versión alternativa a la interpretación mesocrática y romántica de la literatura, defendiendo la raíz hispánica de la literatura chilena y rehabilitando el rol de las elites a través de un cosmopolitismo cuyo funcionamiento garantice tanto la preservación de lo extranjero como la representación de lo propio. Este punto es particularmente importante. La apertura a lo universal estaba condicionada por la homogeneidad cultural y estética. Se podría decir, entonces, que la apertura efectuada por Silva Castro le permite efectuar un repliegue identitario homogeneizador, donde lo nacional se legitima como ejemplo de una universalidad heredera de lo hispánico pero abierta, en el futuro, a otras corrientes culturales que excluyen, eso sí, un retorno a lo precolombino. Tal vez la Sección de Literatura de la *Enciclopedia Chilena* puede pensarse, entonces, como una lectura universalista de lo nacional donde, a pesar de la aparente apertura efectuada, opera un repliegue cultural.

Según Barr-Melej, el imaginario criollista, con su revalorización del pueblo y de la tierra, terminó siendo utilizado por actores políticos de distinto signo. La Sección de Literatura de Silva Castro, al plantear que lo propio de la literatura nacional pasa por la representación de esos dos elementos, nos muestra cómo se utiliza este imaginario criollista, pero, en su caso, introduciendo la idea de una doble aclimatación que aleja cualquier posibilidad de exclusivismo cultural –“fatal localismo”, lo llama Silva Castro (“Paradojas” 221)–, en la medida en que la representación de lo propio depende de la preservación de lo extranjero como extranjero. Este giro conservador de un imaginario criollista es consistente con el proyecto de la *Enciclopedia Chilena*. Esta nace en el contexto de los gobiernos radicales de los años 40, que impulsaba esta nueva identificación de lo nacional con el campo chileno y sus sujetos, pero se aleja de este reformismo mesocrático al renunciar al ideal de un Estado docente que educa al pueblo y preferir la idea de que son finalmente las elites las que pueden contribuir más decisivamente al desarrollo del país.

## 5. ELEMENTOS DE UNA MODERNIZACIÓN CONSERVADORA DE LA CRÍTICA LITERARIA

Estas tensiones con el criollismo y la defensa de un cosmopolitismo aristócrata nos invitan a considerar una modernización conservadora de la crítica literaria. Silva Castro no sería el primer representante de esta corriente. Varios autores mencionan a Emilio Váisse (cuyo pseudónimo como crítico era Omar Emeth) como uno de los fundadores

de una crítica literaria periodística moderna en Chile. Esta modernidad en cuanto a la autonomización del campo literario se acompaña, según Ochoa, de un discurso monológico sobre lo literario ligado al mundo conservador y tradicionalista, donde la apreciación de lo literario se vincula con un naturalismo nacionalista y un esencialismo de lo popular. Silva Castro representa tal vez una etapa distinta, y cosmopolita, de la modernización conservadora de la crítica literaria, ampliándola hacia el ámbito académico internacional<sup>12</sup>. La relación con Vaïsse también nos permite considerar el rol modernizador en cuanto a tecnologías de información. Viu propone valorar el rol de Vaïsse como director de la sección Informaciones de la Biblioteca Nacional y de la sección Preguntas y respuestas de la *Revista Zig-Zag*, afirmando que este entendió que la biblioteca “era un artefacto en la historia de clasificación, tanto el resultado como el motor de cambios tecnológicos y sociales en la organización, preservación y diseminación del conocimiento” (29). Desde esta perspectiva, Vaïsse surge como promotor de un gran esfuerzo de organización y modernización de los sistemas de clasificación de la información en Chile, labor que ha quedado invisibilizada por el rol que tuvo en la historia literaria. Vaïsse, según Viu, “educó al público –más que en contenidos– en los protocolos de acceso y circulación de los libros y en procesos de sistematización de lecturas” (39). Es interesante pensar desde esta dimensión los aportes de Silva Castro al campo de la bibliografía nacional<sup>13</sup>, su rol de Jefe de la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional y los distintos esfuerzos de organización de archivos en panoramas y obras de referencia como la misma *Enciclopedia Chilena* o el *Diccionario de Literatura Latinoamericana* (1958). El trabajo de archivo que subyace a la elaboración de estos panoramas u obras de referencia implica el uso de una serie de tecnologías de información que facilitan al lector una mirada que solo se hace posible mediante esas tecnologías. Podría pensarse que, si Vaïsse puso énfasis en educar acerca de los procesos de acceso a información, Silva Castro identificó la constitución de bibliografías y archivos y la exhaustividad informativa derivada de esos procesos de búsqueda como una condición necesaria para el trabajo del crítico literario.

Este carácter modernizador de la labor crítica debe entenderse, complementariamente, a la luz de su trayectoria política. De cierta forma, Silva Castro pasa a ocupar la figura de la “delegación” que identifica Catalán, en la medida en que su discurso crítico opera más como un espacio de ese nuevo escenario en que “...los círculos dirigentes se verán forzados a delegar en ellos [los nuevos escritores] la producción de la literatura nacional, reservándose empero resortes e intermediaciones para controlar en algún grado el sentido general del

<sup>12</sup> Ciertamente, el contexto estadounidense de posguerra ayudó a la internacionalización de la labor crítica de Silva Castro. Según Aníbal González, “Although Hispanism in the United States during the early decades of the twentieth century was dominated by expatriate Spanish intellectuals (...), the cordial relations between the telluric critics and their Spanish counterparts (...) made it easy for the Spanish American critics to be invited to lecture and teach at North American universities” (450).

<sup>13</sup> Villalobos señala que la bibliografía nacional destaca a nivel latinoamericano en gran medida por el trabajo de Medina. Son continuadores de esta tradición, según el autor, Raúl Silva Castro y Guillermo Feliú Cruz (también colaborador de la *Enciclopedia Chilena*).

proceso literario” (141). Si “...el espacio privilegiado de esa negociación es la crítica literaria, escenario donde se formaliza propiamente la delegación” (142), Silva Castro se piensa a sí mismo como un caso de incorporación a la aristocracia, como un “mesócrata que sube” tal como decía en “Paradoja de las clases sociales...” y que, en el ascenso, adscribe a los paradigmas políticos y culturales de la elite.

En síntesis, el proyecto de modernización conservadora de Silva Castro se caracteriza tanto por su concepción espiritual, aristocratizante y cosmopolita de la literatura nacional, como por su énfasis en la necesidad del archivo como tecnología de información a la base del ejercicio crítico. Según creemos, al observar intervenciones de manera episódica, no es posible percibir la peculiar trayectoria política, crítica e ideológica de Silva Castro, y cómo esta repercute en el posicionamiento institucional, epistemológico y cultural de sus textos. Tomando distancia de una visión lineal de la historia de la crítica literaria en Chile, vemos aparecer ideas con respecto a la literatura y estrategias de posicionamiento hartamente más complejas. Describir a Silva Castro como positivista, enfatizando su retraso metodológico con respecto a las ideas más progresistas de la crítica literaria de la época, es insuficiente. Su crítica al criollismo revela una concepción en torno a las relaciones entre cultura y política que tenía mucha validez en el campo intelectual e institucional chileno. Consideramos, entonces, que esta relectura de Silva Castro constituye también una invitación a repensar las formas de abordar la historia de la crítica literaria en Chile, integrando tanto la preocupación por la historia de las ideas y modelos epistemológicos como su funcionamiento en el entramado institucional. Lo que parece, retrospectivamente, como anacrónico y desfasado, era en su tiempo, un discurso dotado de una fuerte legitimidad y operatividad a nivel político. Para entender el funcionamiento efectivo de los discursos de la crítica literaria, nos parece necesario poner en diálogo las diversas temporalidades de la modernización política, institucional y cultural.

## OBRAS CITADAS

- Bocaz, Luis. 1990. “La revista *Claridad*: acerca de su significación en la historia cultural de Chile”. *América : Cahiers du CRICCAL*, 4-5: 441-460.
- Barchino, Matías y Jesús Cano Reyes. 2014. *Chile y la guerra civil española: la voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur.
- Barr-Melej, Patrick. 2001. *Reforming Chile: cultural politics, nationalism, and the rise of the middle class*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Bianchi, Soledad. 1995. *La memoria: modelo para armar. Grupos literarios de la década del sesenta en Chile. Entrevistas*. Santiago: Dibam.
- Costa Lima, Luis. 1992. *The dark side of reason. Fictionality and power*. Stanford: Stanford University Press.
- McGee, Sandra. 1999. *Las Derechas: the extreme right in Argentina, Brazil and Chile, 1890-1939*. Stanford: Stanford University Press.

- Catalán, Gonzalo. 1985. "Antecedentes sobre la transformación del campo literario en Chile entre 1890 y 1920", en Catalán, Gonzalo y José Joaquín Brunner (Eds.), *Cinco estudios sobre cultura y sociedad*. Santiago: Flacso.
- Faber, Sebastián. 2005. "La hora ha llegado': Hispanism, Pan-Americanism, and the Hope of Spanish/American Glory (1938-1948)". *Ideologies of Hispanism*. Ed. Mabel Moraña Nashville: Vanderbilt University Press: 62-104.
- Filgueira, Fernando et al. Jul.-dic 2012. "Crisis de incorporación en América Latina: límites de la modernización conservadora". *Perfiles Latinoamericanos* 40: 31-58.
- Gazmuri R., Cristián. 2006. *La historiografía chilena (1842-1970)*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-Taurus.
- Gilman, Claudia. 2003. *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- González, Aníbal. 1996. "Literary Criticism in Latin America", en González Echevarría, Roberto y Enrique Pupo-Walker (Eds.), *The Cambridge history of Latin American literature*, 425-457. Cambridge: Cambridge University Press.
- Martin, Gerald. Jul.-sep. 2002. "Cronología integrada del IIII y de la Revista Iberoamericana". *Revista Iberoamericana* LXVIII.200: 909-945.
- Ochoa, Alejandra. Nov. 2001. "Valoración de la literatura chilena en el discurso crítico de Omer Emeth e Ignacio Valente". *Revista Chilena de Literatura* 59: 123-38.
- Parra Triana, Clara María. 2016. "Revista Índice: proyecto intelectual y polémico de los años 30 en Chile". *Taller de Letras* 58: 47-60.
- Pinedo, Javier. II semestre 2005. "El pensamiento de los ensayistas y cuentistas sociales en los largos años 60 en Chile (1958-1973). Los herederos de Francisco A. Encina". *Atenea* 492: 69-120.
- Rama, Ángel y Hugo Herrera Pardo. 2018. *La querrela de realidad y realismo: ensayos sobre literatura chilena*. Santiago: Mímesis.
- Rama, Ángel. 1998. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- \_\_\_\_\_. 1982. *Transculturación narrativa en América Latina*. México D. F.: Siglo XXI.
- Siskind, Mariano. 2014. *Cosmopolitan desires: global modernity and world literature in Latin America*. Evanston: Northwestern University Press.
- Subercaseaux, Bernardo. 1982. *Transformaciones de la crítica literaria en Chile: 1960-1982*. Santiago: CENECA.
- Tirado, Genara Pulido. 2010. "La historiografía de la literatura en Latinoamérica y el Caribe: desde el positivismo hasta el marxismo y el comparatismo cultural". *Anales de Literatura Hispanoamericana* 39: 227-49.
- Villalobos, Sergio. Jul. 1985. "La bibliografía en Chile". *Cuadernos de historia del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Chile* 5: 67-103.
- Viu Bottini, Antonia. 2019. "Índices, catálogos y bibliotecas: revistas Zig-Zag". En *Materialidades de lo impreso: revistas latinoamericanas 1910-1950*. Santiago: Metales pesados.

Obras de Silva Castro

Silva Castro, Raúl. 31 de jul. 1936. “Escritores chilenos opinan sobre la revolución española”. *Revista Zig-Zag*.

\_\_\_\_\_. 1960. “Introducción a la Historia Literaria de Chile”, (manuscrito).

\_\_\_\_\_. May. 1943. “La Expresión Literaria de América”. *Revista Iberoamericana* VI: 393-402.

\_\_\_\_\_. 27 de nov. 1943. “La literatura de Chile. Examen y refutación de un libro de Don Mariano Latorre”. *Revista Iberoamericana* 7.13: 103-28. <https://doi.org/10.5195/reviberoamer.1943.2526>

\_\_\_\_\_. 1986. “Oligarquía y democracia”. *Estampas y ensayos*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 80-94.

\_\_\_\_\_. 1961. *Panorama literario de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.

\_\_\_\_\_. 1930. “Paradoja sobre las clases sociales en la literatura”. *Atenea* 7.67: 214-231.

\_\_\_\_\_. 1935. R.S.C. Santiago: Ed. Universitaria.

Silva Castro, Raúl y Torres-Rioseco, Arturo. 1935. *Ensayo de bibliografía de la literatura chilena*. Cambridge: Harvard University Press.

Documentos

Actas de la 2da sesión de la Cámara de Diputados, del 12 de junio de 1968. Disponible en: [https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=recursoslegales/10221.3/43675/3/C19680612\\_02.pdf](https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=recursoslegales/10221.3/43675/3/C19680612_02.pdf)

Cerda, Martín. 16 de agosto de 1968. “Los enciclopedistas chilenos”. *PEC* 294.

Fuenzalida, Héctor. 26 de junio de 1970. “Silva Castro, Bosquejo de un atleta”. *PEC*, 358: 20.

Silva Castro, Raúl. 1949-1971. “Literatura chilena”. Sección Literatura, Caja ECH2967, Archivo Colección Enciclopedia Chilena. Biblioteca del Congreso de Chile.

“Novela”, Sección Literatura, Caja ECH2967, Archivo Colección Enciclopedia Chilena, 1949-1971. Biblioteca del Congreso de Chile.

Libro de Actas I – ítem 831, Archivo Colección Enciclopedia Chilena, 1949-1971. Biblioteca del Congreso de Chile.

Sehlinger, Peter. 1970. “Don Raúl Silva Castro, profesor”, *Boletín de la Academia Chilena de la Lengua*, Cuaderno 58: 45-47.